

Misa de Sufragio por fr. Orlando Rueda Acevedo, OP  
Homilía de fr. Gerard Francisco Timoner III, OP.

Nos reunimos alrededor de la mesa de la Eucaristía, la mesa de acción de gracias, para dar gracias al Señor por el don de la vida, especialmente el don de la vida religiosa dominicana y el ministerio sacerdotal que Él le dio a nuestro querido Hermano Orlando Rueda Acevedo.

La última vez que estuve con fray Orlando fue en su habitación en el Convitto, justo después de que se elevara el humo blanco en la plaza de San Pedro, anunciando que teníamos un nuevo Papa. Sabía que Orlando viajaría a Colombia al día siguiente, así que decidí verlo primero antes de ir a la plaza de San Pedro, donde iban todos los demás. Estaba feliz de ver a Orlando, pero me pidió que me quedara con él viendo la transmisión en vivo desde el Vaticano, hasta que se anunciara al nuevo Papa y diera su primer mensaje y bendición. ¡Estábamos tan felices de que un ex alumno del Angelicum, que se fue de Chicago a Chiclayo, ahora sea el Papa León IV!

La siguiente vez que vi a Orlando fue en la misma habitación el lunes pasado, siendo reanimado por los profesionales médicos de la *emergenza sanitaria*. Agradezco a estos socorristas y a los hermanos Nathaniel, Privatus, Carlos, Fabio, a las hermanas dominicas del Convitto, a la Dottoressa Federica y a muchos otros por atender las necesidades de Orlando durante sus últimos momentos.

La vida humana es como el reverso del misterio de la Encarnación, es decir, el *Verbo hecho carne*. Es una especie de *inversión* porque primero somos carne, luego, cuando morimos en este mundo, nos convertimos en un recuerdo, en cierto sentido, *nuestra carne se convierte en una palabra*. El cuerpo mortal de Orlando está siendo preparado para ser repatriado a su amado país. Agradezco al Embajador Sergio Roa Suárez y al Sr. Oscar Iván Echeverría Vásquez, de la Embajada de Colombia, por ayudarnos a traer a Orlando a la tierra que lo vio nacer. Pero aunque su cuerpo mortal no esté con nosotros, su memoria permanece con nosotros, sus hermanos, hermanas y amigos.

Orlando era un fraile muy amable que ocultaba su dolor para que los demás no se preocuparan, que te decía que todo estaba bien, para que no te sintieras ansioso. En Bien Hôa, cuando los capitulares nos citaron para una entrevista para un trabajo que no habíamos solicitado, le dije a Orlando en la sala de espera: "Diré a los capitulares que solo conozco un idioma oficial de la Orden, por lo que no soy apto para ser Maestro, porque él debe poder hablar a todos los hermanos en los tres idiomas oficiales de la Orden". Orlando sonrió y me dijo que tiene un argumento más fuerte: ¡solo tiene un riñón! Orlando siempre fue generoso. Ha ayudado a muchas congregaciones de hermanas a través de retiros y facilitando sus asambleas y capítulos. Era el vicario del Maestro para las monjas de Prouille.

Orlando tenía un agudo sentido de la belleza. He visto los conventos que diseñó o renovó en Colombia. Muchos de vosotros sabéis cómo transformó el Convitto con unos recursos mínimos. Siempre quiso que la gente se sintiera cómoda.

Orlando amaba y cuidaba bien a las personas confiadas a su cuidado. Una vez defendió enérgicamente a un cohermano que había hecho algo malo. Pensé que Orlando había perdido su sentido de la verdad y la justicia. Entonces me di cuenta de que Orlando defendía a esta persona no porque estuviera seguro de su inocencia, sino porque no quería que este hermano sintiera que estaba solo o abandonado en un momento muy bajo de su vida, incluso si había hecho algo malo.

Orlando tenía un fuerte sentido de devoción a Santo Domingo. Hay muy pocas cosas en su habitación, a excepción de imágenes y estatuas de Santo Domingo de todo el mundo. Compuso canciones para Santo Domingo que escucho a menudo en los países españoles, como *Domingo, tu voz en América* y muchas más. En la canción *Bajo los pies de mis Frailes*, la letra parece una palabra para cualquier dominico como Orlando:

*Cómo podrá caminar después de morir,  
cómo podría vivir sin estar aquí,  
cómo impedir que se calle la voz  
que anunció la verdad y el amor,*



si ha de cubrirse con tierra el Predicador,  
que hablaba con Dios y de Dios.  
bajo los pies de mis frailes quiero estar,  
bajo los pies de mis frailes quiero quedar,  
bajo esta tierra que besan sus pies  
yo podré resucitar,  
sólo en sus pies mis pasos continuarán,  
y en sus labios mi voz se escuchará.  
Bajo los pies de mis frailes,  
bajo los pies de mis frailes  
puedo volver a caminar.

Este es el canto de Orlando a Santo Domingo. Y la voz de Orlando seguirá sonando de los labios que cantan sus canciones.

Como dominicos, nuestro canto de esperanza, *spem miram*, conmemora el momento en que Domingo dejó este mundo, un momento en el que los hermanos tienen lágrimas en los ojos en lugar de una sonrisa en los labios — *O spem miram quam dedisti mortis hora te flentibus*. Domingo despertó esperanza en sus corazones porque prometió seguir ayudando a los hermanos y hermanas, Él juró interceder por nosotros y, por lo tanto, permanecer con nosotros en sus oraciones. Pero esto es solo un lado de la historia. La presencia de los hermanos orantes en la hora de su muerte también debe haber dado esperanza a Domingo. En ese momento final de finitud humana, Domingo no estaba solo. La presencia de los hermanos y la presencia prometida de Domingo más allá de la muerte les dio a cada uno de ellos esperanza y consuelo. "La palabra latina *con-solatio*, 'consolación' ... sugiere estar con el otro en su soledad, para que deje de ser soledad" (Spes salvi, 38). Nuestro encuentro en esta Eucaristía, en la presencia del Señor, nos da consuelo.

Ciertamente extrañaremos a Fray Orlando, pero nos mantenemos en fe y esperanza de que recibirá la misericordia de Dios para que continúe sosteniéndonos con sus oraciones en compañía de Santo Domingo y con todos los bienaventurados, en la amorosa presencia de Dios.

Y por eso oramos,  
"Parece que te devolvemos a Orlando,  
¡Oh Dios, Tú que nos lo diste primero!  
Así como no lo perdiste al dárnoslo,  
así mismo no lo perdemos al devolverlo.  
No como el mundo da, sino como tú das, oh Señor.  
Lo que das, no lo quitas,  
porque lo que es tuyo es también nuestro, si nosotros somos tuyos.  
Y la vida es eterna y el amor es inmortal,  
y la muerte es solo un horizonte,  
y un horizonte no es más que el límite de nuestra vista.

Levántanos, fuerte Hijo de Dios, para que veamos más allá;  
limpia nuestros ojos para que podamos ver más claramente;  
acércanos a ti,  
para que nos sintamos más cerca de nuestros seres queridos  
que están contigo. Y mientras nos preparas un lugar,  
prepáranos también para ese lugar feliz,  
para que donde tú estés, nosotros también estemos".<sup>1</sup> Amén.

---

<sup>1</sup> De la oración del P. Bede Jarrett, OP